

**LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDEA DE AMÉRICA DESDE LA  
MARAVILLA DEL NUEVO MUNDO: UNAS NOTAS SOBRE LA  
EVOLUCIÓN DEL DISCURSO DE LA ABUNDANCIA EN PEDRO  
MÁRTIR DE ANGLERÍA, GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO  
Y EL INCA GARCILASO DE LA VEGA**

**Alberto Santacruz Antón**

*Universidad de Alicante*

**Resumen**

Los distintos discursos sobre la naturaleza americana en las Crónicas de Indias suponen uno de los primeros estadios para la construcción identitaria de la “idea” de América. La caracterización discursiva que suele recibir en la historiografía indiana el espacio natural americano, proyectado a partir de los códigos retórico-discursivos acumulados por la cultura occidental, pone al descubierto unas diferencias identitarias. El presente artículo estudia la plasmación de ese discurso de la abundancia en Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y el Inca Garcilaso de la Vega.

*Palabras clave:* Crónica de Indias, naturaleza americana, discurso de la abundancia, imagen de América, Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Inca Garcilaso de la Vega.

**Abstract**

The different discourses about the American nature in the Spanish Chronicles of the Indies represent one of the first stages in the construction of the identity of the “idea” of America. The usual discursive characterization of the American natural space in the Indian historiography, projected through the rhetorical-discursive codes accumulated by the Western culture, shows some identity differences. This article studies the representation of the discourse of abundance in Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo and the Inca Garcilaso de la Vega.

*Keywords:* Chronicles of the Indies, American nature, discourse of abundance, image of America, Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Inca Garcilaso de la Vega.

Plantear el análisis de la construcción e integración de “la idea de América en la conciencia de la cultura de Occidente” (O’Gorman 66) a través de los textos de los primeros cronistas de Indias implica acercarse a la importancia que tienen, en la formación de las imágenes fundacionales de América, los distintos discursos de representación de la naturaleza americana. Los contenidos culturales, ideológicos y hasta simbólicos que se atribuyen a esas primeras imágenes van a condicionar, con el paso de los siglos, no solo la forma de observar, describir y comprender América: también la forma de *idearla*.

Las múltiples proyecciones discursivas que adquiere la naturaleza del Nuevo Mundo en el conjunto de la Crónica de Indias suponen, entonces, uno de los primeros pasos para la fundamentación identitaria del continente americano, aunque en ese proceso de asimilación conceptual de la nueva realidad interfieran los códigos acumulados por la tradición retórica occidental. A la aparición de un nuevo tema —el descubrimiento en octubre de 1492 de un ente histórico pendiente de definición en los esquemas mentales europeos— no siempre le seguirá la aparición de unas nuevas fórmulas textuales de observación. Y pese a lo que se pudiera esperar, el trasplante en suelo americano de unos parámetros discursivos comunes en la cultura europea, y su repetición en parte de la historiografía “indiana”, no va a enmascarar del todo la *otredad* de la naturaleza americana. Antes bien, la caracterización que recibe mediante su expresión en un discurso de la abundancia compartido, pero con distinto tratamiento ideológico, se convierte en diferencia identitaria.

Partiendo de estas consideraciones, en las próximas páginas propongo hacer un recorrido evolutivo y comparativo por la plasmación del discurso de la abundancia en Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y el Inca Garcilaso de la Vega, a la luz de la incidencia que tiene ese discurso en el proceso de configuración tanto de las primeras imágenes de América como de la “idea” de América en sí misma.

### **“Todo es delicioso, y al mismo tiempo útil”: la lectura de Pedro Mártir de la naturaleza americana**

Con la publicación en 1955 de *Tristes tópicos*, un libro ya clásico en la práctica antropológica, Claude Lévi-Strauss dejaba anotado

que todo paisaje, en una primera acometida física y cognitiva, “se presenta como un inmenso desorden que permite elegir libremente el sentido que prefiere dársele” (69). No resulta extraña, por tanto, la multiplicidad que lleva aparejada el imaginario americano, producto de la radical subjetivación que experimenta la realidad en un momento en el que el discurso histórico viene sugerido, de acuerdo con lo dicho por Enrique Pupo-Walker, por un proceso de interacción entre el *yo* y su marco cultural (*La vocación literaria...* 23)<sup>1</sup>. En cualquier caso, las palabras de Lévi-Strauss ponen al descubierto la pluralidad de imágenes que admite, en un primer momento, América, su condición no de entidad física *descubrible*, sino de “idea” *construible* que orgánicamente se va haciendo a partir del sincretismo cultural que actúa en el nuevo continente<sup>2</sup>.

Llegamos así a una premisa de la que participa toda la Crónica de Indias: la problematización en el discurso histórico de la realidad objetiva americana. La aplicación de unos clichés discursivos que incorporan lo desconocido a la estructura de pensamiento de lo conocido revela esa problematización que cada cronista resuelve desde su propia tradición cultural. El proceso de asimilación de la alteridad es, por consiguiente, un proceso de construcción cultural. La naturaleza de América y la propia América son, conceptualmente, en un primer impacto, el resultado de unas observaciones hechas entre las herramientas epistemológicas que ofrecían, a finales del siglo XV y durante el siglo XVI, la cosmovisión medieval y la renacentista.

Parece lógico que la naturaleza americana se viera, en los años del Descubrimiento, como un motivo retórico-poético cristalizado por los cánones de la tradición clásica. Aunque se tarde más de una década para tener conciencia de que las “Indias Occidentales” son un *orbe novo* independiente de la “Isla de la Tierra” (véase O’Gorman

---

<sup>1</sup> Esa subjetivación a la que aludimos viene avalada por la definición que traza Julio Ortega para la Crónica de Indias, presentada como “un género híbrido producido en la experiencia americana, entre la voz que testimonia una verdad y la escritura que pone a prueba esa certidumbre” (“La abundancia americana: un modelo de lectura trasatlántica” 21).

<sup>2</sup> A propósito del papel que juega el contexto cultural en la formación de los distintos discursos sobre la naturaleza americana (desde el Descubrimiento hasta el siglo XVIII), véase Serna, “Discursos sobre la naturaleza americana: desde el descubrimiento de América hasta la visión ilustrada”.

99-173), mucho tiempo más tendrá que pasar para que discursiva e identitariamente se tenga conciencia de la singularidad de las nuevas tierras respecto al mundo conocido. De ello da buena cuenta la escritura *euroamericana* de Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas del Nuevo Mundo*, en las que la naturaleza de América se apoya en la orientación humanista y culturalista que traspasa toda la obra:

Un río de aguas saludables y abundantísimo en toda clase de peces corre hacia el puerto entre riberas encantadoras. Cuentan que las condiciones naturales de dicho río son admirables, ya que, a cualquier parte que fluya, todo es delicioso, y al mismo tiempo útil. Las palmeras y los frutales isleños de todas clases inclinaban hacia los navegantes sus ramas cargadas de frutas y flores, y, a veces, venían a tropezar en sus cabezas; asimismo se hacen lenguas de la fertilidad del suelo (I, lib. 5; 152).

La aplicación de unas formas retóricas ampliamente utilizadas en la representación europea de la naturaleza propicia una anulación de la personalidad propia del sujeto de la descripción. A la individualidad de ese sujeto —un paraje cercano a Santo Domingo— se sobrepone la universalidad de un discurso adjetivado, poetizado y ya topicalizado, válido para cualquier escenario natural *ameno*. Pedro Mártir, que nunca estuvo en América, toma prestados los rasgos de los lugares arcádico-pastoriles que ha leído en los clásicos grecolatinos<sup>3</sup>. Su punto de partida se sitúa en el paisaje interior de sus lecturas, en una retórica sancionada culturalmente que se emplea ahora como instrumento de comprensión. Su descripción no es tanto de orden físico o geográfico como de orden literario.

La óptica del *locus amoenus* que sigue el cronista italiano<sup>4</sup>, una óptica que determina la percepción de la naturaleza desde la Antigüedad clásica hasta el siglo XVI, aparece hiperbolizada por el discurso de la abundancia. Esa hipertrofia angleriana del tradicional *locus*

---

<sup>3</sup> Esteve Barba, haciendo referencia al sistema descriptor de la naturaleza americana que comparten los cronistas de Indias, escribe, sobre el Padre Acosta, que “todavía no ha aprendido a detenerse ante un escenario determinado para gozarlo a sus anchas” (*Historiografía indiana* 13), para verlo a través de la *autoritas* de la experiencia individual, ya no libresca. La cita es perfectamente aplicable a una buena parte de los textos que constituyen la Crónica de Indias.

<sup>4</sup> Esta descripción de la naturaleza americana siguiendo los esquemas medievales y renacentistas de la literatura europea ya ha sido destacada por Palm (113-114) y Rovira para el discurso inaugural de Colón.

*amoenus*, en cierto modo prefiguradora del discurso barroco<sup>5</sup>, esconden unos matices ideológicos vinculados al humanismo del autor de las *Décadas*. El discurso de la naturaleza que construye Anglería con la combinación de lo local y lo universal, de la riqueza autóctona y la vivencia libresca, complementa sus proyectos utopistas. La exuberancia y la apacibilidad del paisaje americano le sirven para creer en un utopismo de la esperanza, centrado en la restauración del mito de la Edad de Oro<sup>6</sup>. El mundo literaturizado de las nuevas tierras, de la nueva Europa, se *idea* sobre las nostalgias del Viejo Mundo, y esas nostalgias prosperan extraordinariamente sobre una naturaleza que anuncia a todas luces algo grande. Por lo pronto, un futuro de promesas ilimitadas. Las bondades del territorio americano sostienen la necesidad humana de ver en la novedad la posibilidad de poner cuerpo a las ilusiones. El discurso de Pedro Mártir es un decorado literario, mitologizado, y su abundancia es automática, involuntaria: la felicidad del hombre está garantizada en la autosuficiencia de una naturaleza que no precisa de las tareas agrícolas<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> Julio Ortega explica, al respecto, que “la representación del paisaje americano está en el origen del discurso barroco: cuando los objetos desborden el campo visual de la perspectiva sólo podrán ser representados como volumen, espiral y acumulación” (“El Inca Garcilaso y el discurso de la abundancia” 36).

<sup>6</sup> Aunque el término “utopía” es aportado por Tomás Moro con la publicación de su famosísima obra en 1516, algunos rasgos de la teoría utopiense se adelantan en la Primera Década angleriana —publicada en 1511— a la ficción creada por Moro.

<sup>7</sup> Este automatismo de la abundancia es casi una constante en gran parte de la historiografía “indiana”. Ahora bien, es interesante señalar cómo Hernán Cortés vuelve más compleja esa noción con el descubrimiento de nuevas civilizaciones indígenas con un alto desarrollo agrícola. Para Cortés la abundancia de México va más allá de la feracidad espontánea de la tierra. La abundancia está naturalmente presente, pero hay que trabajarla. El foco de la abundancia no solo está en el suelo; también en la sociedad que la procura atendiendo a los logros de un sistema establecido de producción y desarrollo agrícolas, como apunta el conquistador extremeño hacia el final de su *Cuarta relación* sobre la repoblación de Tenochtitlán: “[M]uchos de ellos tienen sus huertas y siembran en ellas toda la hortaliza de España de que acá se ha podido haber simiente y certifico [...] que si plantas y semillas de las de España tuviesen y vuestra alteza fuese servido de mandarnos proveer de ellas, [...], según los naturales de estas partes son amigos de cultivar las tierras y de traer arboledas, que en poco espacio de tiempo hubiese acá mucha abundancia” (*Cartas de relación* 321; el énfasis es mío).

Sea como sea, lo que queda claro en Pedro Mártir es que de la aplicación a distintas realidades de un mismo tópico occidental suele surgir una misma imagen con unos rasgos previsibles. Es entonces cuando el apriorismo de la expectativa creada en la mentalidad del cronista entra en juego. La objetividad de la imagen natural americana solo podrá ser rescatada en el fondo de esas ideas previas y apasionadas. Un apasionamiento que Mártir de Anglería, de mentalidad humanista y esencialmente libresca, traduce en una visión del Nuevo Mundo no como un espacio de grandes posibilidades comerciales, a la manera de Colón, sino más bien como un espacio de recreo intelectual. En definitiva, como una entidad artística que se disfruta estéticamente. Desde los primeros compases del Descubrimiento —los diez libros de la Primera Década salen a la luz en 1511—, la identidad de América se va perfilando así en una aclimatación de los discursos codificados por la tradición europea. Podríamos decir que el logro de una imagen culturalmente descolonizada, elaborada desde la urgencia por buscar unos moldes discursivos específicos para la alteridad, solo podrá venir con “la capacidad de abandonar el lazo de unión entre lo desconocido y lo conocido” (Elliot 34).

### **“Lo que aquí sobra, a otras provincias haría muy ricas”: el pragmatismo colonial de Gonzalo Fernández de Oviedo**

Si para Pedro Mártir la naturaleza americana es, como acabamos de explicar, un espacio de recreo aliado de la utopía, para Gonzalo Fernández de Oviedo es un espacio aprovechable de recursos. La perspectiva del cronista madrileño es la propia del colono, y su mentalidad se corresponde con la de una generación crecida entre aspiraciones aristocráticas y sentimientos imperialistas. En los diecinueve libros que componen la primera parte de la *Historia general y natural de las Indias* —parte que se imprime en Sevilla en 1535—, la identidad de América se moldea desde un emocionado discurso naturalista. La *maravilla* del territorio antillano queda fijada desde el Libro i, donde las hipérboles se amontonan en una cadena de exclamaciones que tienen como remate la imagen de unas nuevas tierras que acogen maternalmente a lo español:

¡Cuántos valles, e flores, llanos y deleitosos! ¡Cuántas costas de mar con muy extendidas playas e de muy excelentes puertos! ¡Cuántos y cuán po-

derosos ríos navegables! ¡Cuántos y cuán grandes lagos! ¡Cuántas fuentes frías e calientes, muy cercanas unas de otras! ¡E cuántas de betum e de otras materias o licores! ¡Cuántos pescados de los que en España conoscemos, sin otros muchos que en ella no se saben ni los vieron! ¡Cuánta suma preciosa de marcos de perlas e uniones que cada día se hallan! ¿En cuál tierra se oyó ni se sabe que en tan breve tiempo, y en tierras tan apartadas de nuestra Europa, se produciesen tantos ganados e granjerías, y en tanta abundancia como en estas Indias ven nuestros ojos, traídas acá por tan amplísimos mares? Las cuales ha rescebido esta tierra no como madrastra, sino como más verdadera madre que la que se las envió; pues en más cantidad e mejor que en España se hacen algunas dellas (I, lib. I; 8).

El tema del *locus amoenus*, de dimensión literaria, cede su protagonismo al discurso de la abundancia. De la contemplación se pasa a la manipulación y, en ese proceso de mercantilización de la naturaleza, el discurso se estrecha, la atención se focaliza y “la perspectiva de conjunto se pierde” (Gudynas 272). Para *aprovechar* la naturaleza no se insiste en las sensaciones que transmite la totalidad del paisaje. Ahora se insiste en la taxonomía de la flora y fauna americanas, en la escrupulosa descripción y clasificación de todos los elementos naturales autóctonos. La relación que hace Oviedo, a imitación casi de un inventario de la hacienda pública, de la extensión, la productividad y la propiedad de los ingenios azucareros de La Española (I, lib. IV, cap. VIII), así como de la riqueza y ubicación exacta de las minas de oro (I, lib. VI, cap. VIII), evidencia un interés pragmático. Ya no vale sólo la observación: hay que explorar los límites de la naturaleza a golpe de transformación. Sobre todo si hablamos de una naturaleza como la del nuevo continente, que sólo requiere el trabajo justo para exhibir sus propiedades casi mágicas. Unas propiedades que, para nuestro cronista, son la base para poner en marcha la expansión universal de la monarquía hispánica. Oviedo no puede detenerse, por ello, en la observación por la observación, como era el caso de Pedro Mártir. Lo que importa es emprender una acción utilitarista sobre el territorio para incorporar la naturaleza a los dictados del mercado:

Esta isla Española es donde hay muy ricas minas de oro, e muy abundantes e continuas, que solamente se enflaquecen cuando los hombres dejan de ejercitarse en ellas. Díjelo, porque, habiendo venido en nuestro tiempo las primeras vacas de España a esta isla, son ya tantas, que las naves tornan cargadas de los cueros dellas; e ha acaescido muchas veces alancear tresci-

entas e quinientas dellas, e más o menos, como place a sus dueños, e dejar en el campo perder la carne, por llevar los cueros a España [...].

Hay tanto azúcar, que entre los ingenios que muelen e los que se labran (que molerán presto), hay, en sola esta isla, veinte ingenios poderosos, que cada uno dellos es muy rico y hermoso heredamiento [...] Y las mieles y sobras que del azúcar acá se pierden e se dan a los negros e trabajadores, serían en otras partes un gran tesoro (I, lib. III, cap. XI; 78).

Oviedo, que describe la naturaleza en clave divina, se sorprende mucho más de la prodigalidad de América que de lo que resulta extraño, por sus diferencias —diversidad de plantas, frutas, hierbas, árboles, etc.—, para Occidente. A fin de cuentas, la naturaleza americana y la europea, según su razonamiento, forman una unidad creada por Dios que se ve igual en la diferencia. El autor de la *Historia general* se asombra al ver cómo el reino animal y vegetal prospera en América en una abundancia que, además de desafiar a la lógica, pone en tensión el sistema de verdad del discurso histórico. Ante esto, la escritura de Oviedo se repliega en *su* testimonio y *su* experiencia como método de conocimiento de *lo otro*<sup>8</sup>, y ello da pie a seguir perseverando en el trampolín de enriquecimiento que suponen las nuevas tierras en el ámbito individual e imperial. La ponderación de La Española en contraste con Sicilia e Inglaterra trasciende la glorificación meramente retórica de la isla caribeña: “Si un príncipe no tuviese más señorío de aquesta isla sola, en breve tiempo sería tal, que hiciese ventaja a las islas de Secilia e Inglaterra; porque lo que aquí sobra, a otras provincias haría muy ricas” (I, lib. III, cap. XI; 78).

Conviene matizar, en este sentido, que la identidad conceptual que, desde la mentalidad europea, se le va asignando a la naturaleza americana no siempre encuentra su mejor expresión en las descripciones que se realizan a fuerza de comparaciones. Y la razón es que algunas comparaciones, más que construir identidades, las deconstruyen. Como ha escrito John H. Elliot, “cuando Oviedo y Las Casas compararon a La Española con las dos famosas islas de Inglaterra y Sicilia para probar que no era inferior a éstas en fertilidad, el

---

<sup>8</sup> De ahí que Oviedo proclame, en forma de pregunta, su suficiencia para abordar el problemático discurso histórico-natural que plantea el Nuevo Mundo: “¿Para qué quiero yo traer auctoridades de los antiguos en las cosas que yo he visto, ni en las que Natura enseña a todos y se ven cada día?” (I, lib. VI, cap. V; p. 151).

resultado fue simplemente que borraron las diferencias entre las tres” (56). Las comparaciones, práctica habitual en la historiografía “indiana”, aunque funcionan a grandes rasgos como las hipérbolos, intentando dar verosimilitud y crédito a lo nuevo, acaban por diluir su identidad, sobre todo si se tiene en cuenta que entre las entidades comparadas suele establecerse una relación jerárquica que oscurece las características distintivas de lo que se procura describir.

La sabiduría práctica de Oviedo, de menos letras que Pedro Mártir, empuja a su *Historia*, en fin, hacia una aceptación menos problemática de la especificidad de América, a pesar de que el apasionamiento, antes cultural en Anglería y ahora, en Oviedo, político-económico, siga abriendo una brecha entre la imagen mental del Nuevo Mundo y la realidad. De todas maneras, la separación del *locus amoenus* del discurso de la abundancia parece implicar un retroceso de la especulación libresca y una progresiva desautorización del canon retórico occidental como único mecanismo válido para afrontar lo desconocido.

### **“Dos, tres, cuatro frutas diferentes”: el salto identitario del discurso de la abundancia en el Inca Garcilaso de la Vega**

Las connotaciones ideológicas adheridas al discurso de la abundancia adquieren un perfil más complejo en la escritura de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso. El modelo historiográfico alternativo que propone el Inca, basado en su condición de mestizo y situado a medio camino entre un imperio saliente y otro entrante, alcanza una clara significación identitaria<sup>9</sup>. Desde el capítulo XVI has-

---

<sup>9</sup> El propio Garcilaso, desde su adelantada comprensión de la heterogeneidad y relatividad de los valores culturales, se esfuerza en normalizar su condición, positivamente sincrética “por su significación”: “A los hijos de español y de india o de indio y española, nos llaman *mestizos*, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias; y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación me lo llamo yo a boca llena, y me honro con él” (Libro Nono, cap. XXXI; p. 266). Sobre el conflicto textual, cultural e incluso ontológico que, en un contexto colonial, pone de relieve el Inca con su discurso autoidentitario y de “armonía imposible”, véase, entre otros, Cornejo, “El discurso de la armonía imposible: (El Inca Garcilaso de la Vega: discurso y recepción social)”.

ta el capítulo XXX del Libro Nono, nuestro autor despliega detalladamente un discurso de la abundancia que continúa, por lo general, la estela taxonómica y mercantil de las descripciones oviedenses. Entre la multitud de ejemplos que pretenden legitimar una abundancia que rebasa las leyes de la biología, Garcilaso se esmera en elaborar un registro de los productos “que no había en el Perú antes que los españoles lo ganaran” (Libro IX, c. XVI; 240), con algunas notas sobre la evolución y variación de sus precios en suelo andino.

Este inventariado de importaciones trasatlánticas, si bien es cierto que es, en un principio, lo que justifica la escritura de los “capítulos de la abundancia”, pronto se verá superado en protagonismo por lo anecdótico, por el colorido de un testimonialismo que, al mismo tiempo que da coherencia a la escritura de los *Comentarios*, da fe de una naturaleza instalada en los bordes de lo fantástico. El primero de los múltiples patrones de observación del espacio americano, inaugurado en el *Diario de a bordo* de Colón y prolongado por Pedro Mártir desde su humanismo y por Oviedo desde su practicidad, reaparece de nuevo, pero con unas hiperbolizaciones aún más extremas:

El año de mil y quinientos y cincuenta y seis, yendo por Gobernador a Chili Don García de Mendoza, hijo del Visorrey ya nombrado, habiendo tomado el puerto de Arica, le dijeron que cerca de allí, en un valle llamado Cuzapa, había un rábano de tan extraña grandeza, que a la sombra de sus hojas estaban atados cinco caballos; que lo querían traer para que lo viese. Respondió el Don García que no lo arrancasen, que lo quería ver por propios ojos para tener qué contar; y así fue, con otros muchos que le acompañaron, y vieron ser verdad lo que les habían dicho. El rábano era tan grueso que apenas lo ceñía un hombre con los brazos, y tan tierno, que después se llevó a la posada de Don García y comieron muchos de él (Libro IX, cap. XXIX; 262)<sup>10</sup>.

El campo semántico que teje el cronista del Cuzco alrededor de la naturaleza peruana, con una red léxica que va de lo “innumerable” (Libro Nono, cap. XXII; p. 250), lo “maravilloso” (Libro

---

<sup>10</sup> La ficcionalización de la realidad americana en la obra garcilasiana ya ha sido estudiada por Enrique Pupo-Walker, que advierte, acerca del discurso de la abundancia del Inca, que “el síndrome hiperbólico de exageraciones es, en términos retóricos, un engranaje que frecuentemente permite la transferencia de los sucesos narrados al espacio propiamente dicho de la fabulación” (*Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega* 176).

Nono, cap. XXVIII; p. 259) y lo “increíble” (Libro Nono, cap. XXIX; p. 263) a lo “escandaloso” (Libro Nono, cap. XXIX; p. 261), lo “monstruoso” (Libro Nono, cap. XXIX; p. 262) y lo “espantable” (Libro Nono, cap. XXIX; p. 263), prepara el discurso de la abundancia para un salto ya no sólo cuantitativo, sino también cualitativo e ideológico. La naturaleza de las nuevas tierras tiene una poderosa vida propia, y su automatismo connatural —ya destacado por Anglería— es independiente de cualquier agente externo. Su resistencia a todo plan de control agrícola se justifica en su extraordinaria indomabilidad, en lo que Garcilaso llama “el vicio de la tierra” (Libro Nono, cap. XXI; p. 248). Definitivamente, las hiperbolizaciones se han consolidado ya, a la altura de 1609 —año de aparición de los *Comentarios*—, como un canon de observación, como una manera prefijada de *idear* la alteridad. El nuevo continente, con su abundancia arrolladora y su suelo *cosmopolita*, dispuesto a fructificar cualquier producto importado, se sitúa naturalmente por encima de Europa:

De todas estas flores y yerbas que hemos nombrado, y otras que no he podido traer a la memoria, hay ahora tanta abundancia que muchas de ellas son ya muy dañosas, como nabos, mostaza, yerbabuena y manzanilla, que han cundido tanto en algunos valles que han vencido las fuerzas y la diligencia humana toda cuanta se ha hecho para arrancarlas, y han prevalecido de tal manera que han borrado el nombre antiguo de los valles y forzádoslos que se llamen de su nombre, como el Valle de la Yerbabuena, en la costa de la mar que solía llamarse Rucma, y otros semejantes (Libro Nono, cap. XXIX; 261).

La hipertrofia que logra lo abundante americano se dilata hasta tal punto que inaugura una nueva naturaleza con una taxonomía subversiva en la que las ratas, por ejemplo, se asemejan en sus dimensiones a los gatos (Libro Nono, cap. XXII; p. 249), y en la que se experimenta incluso con la deformidad que admiten de buen grado los árboles frutales del Perú. Y si se puede jugar con la deformidad con resultados exitosos, la reproducción y multiplicación es, además de cuantitativa, cualitativa, tal y como hemos avanzado arriba. Dicho de otro modo, lo que es mejor y más abundante que lo conocido en el Viejo Mundo nace de la bastardía natural y cultural de América, de su mezcla.

En esta correspondencia se mueve el discurso de la abundancia del Inca, que no se limita a un retoricismo expresivo o estilístico.

Detrás de toda la concatenación de hipérbolos subyace un discurso ideologizado, inserto en el sincretismo cultural que va definiendo la idea de América. La naturaleza americana, vista desde la lente de un mestizo, desde la escritura de un autor que, nacido en el Nuevo Mundo, asume la conciliación de dos imaginarios, se va aproximando a una sensibilidad contemplativa más acorde con su identidad en construcción. Tanto las jerarquías como las estigmatizaciones étnicas y culturales desaparecen en la obra del Inca: el sentido de América es un sentido mestizo, y su mestizaje puede dar un producto nacionalmente deforme, sí, pero mejorado. El nuevo continente se conceptualiza desde el discurso natural como un espacio del porvenir, y ese porvenir es, además de natural, identitario:

Ha habido españoles tan curiosos en agricultura (según me han dicho), que han hecho injertos de árboles frutales de España con los frutales del Perú, y que sacan frutas maravillosas con grandísima admiración de los indios, de ver que a un árbol hagan llevar al año dos, tres, cuatro frutas diferentes (Libro Nono, cap. XXVIII, 260)<sup>11</sup>.

La *maravilla* del Nuevo Mundo es la *maravilla* de la suma de dos realidades que, en su cruce, dan lugar a la idea de América. Ganado, cueros, conejos, ratas, frutas, hortalizas, legumbres, hierbas...: todos los recursos ibéricos exportados mejoran y se acrecientan cuando entran en contacto con un suelo prodigioso. El discurso de la abundancia de Garcilaso se inscribe así dentro de un discurso panegirista del mestizaje. Es precisamente en esa aclimatación barroca de la tradición retórica europea al nuevo contexto continental donde la realidad *diferente* de América encuentra unos caminos discursivos para su representación identitaria. Esa naturaleza espectacular que arranca, como hemos ido comprobando, de un *locus amoenus* de intensa europeidad, ahora, filtrada por el espíritu mestizo del Inca, pasa a constituirse en el emblema de un discurso integrador, de transición positiva entre el mundo prehispánico y el mundo colonial. Ese

---

<sup>11</sup> De nuevo cabe citar a Julio Ortega, que ha analizado en los siguientes términos el sistema escritural del Inca respecto a la abundancia americana: "Si la tierra es fértil gracias a una naturaleza en proceso, y si los productos de España se reproducen asombrosamente, esta abundancia resulta ser el modelo natural de los procesos culturales mismos. Es decir, la nueva cultura, hecha de transplantes y de mezclas, tiene en los procesos naturales una metáfora de sus propias riquezas" ("El Inca Garcilaso y el discurso de la abundancia" 39).

árbol mestizo del que nos informaba Garcilaso porta el genoma de una América que toma conciencia de sí misma en su hibridación.

### Para concluir

La prosa del Inca supone una prueba más de la dinamicidad y profundidad que adquiere el discurso de la abundancia en la confluencia de espacio, escritura, mentalidad e identidad. El estancamiento que se podía prever de su topicidad queda cancelado en su acomodación a la circunstancia americana, que impulsa, desde la particularidad de sus características, un proceso heterogéneo de ideologización. Los distintos convencionalismos retóricos y discursivos del imaginario occidental que atraviesan la observación de la naturaleza americana, en su repetición, van perdiendo su rigidez para moldearse conforme a la relación entre la realidad americana y las estructuras mentales del cronista en cuestión. América se va a poder mirar desde las Antillas, para el caso de Pedro Mártir y Fernández de Oviedo, o desde el Perú, para el caso de Garcilaso, casi con un mismo discurso natural. Un discurso cuyos matices ideológicos, eso sí, van evolucionando y problematizándose a medida que se va consolidando el perfil identitario de América.

Si “las simetrías de la semejanza permiten, en los textos del descubrimiento, codificar la diversidad” (Ortega, “El Inca Garcilaso y el discurso de la abundancia” 31), la reiteración de unos paralelismos discursivos con un mismo origen cultural y textual acaba por desvelar unas diferencias. Si Mártir de Anglería superponía a su discurso de la abundancia un humanismo que le empujaba a gozar el paisaje americano desde sus lecturas, y Oviedo entremetía sus intereses reduciendo la contemplación del espacio a sus partes aprovechables, el Inca incorporará un discurso del mestizaje de gran alcance ideológico. Y en todo este recorrido, América va marcando el rumbo hacia una nueva manera de encajar su singularidad. Al fin y al cabo, la necesidad de observar el nuevo espacio desde los códigos de un mismo tópico discursivo demuestra la especificidad que reclama la naturaleza americana en su conceptualización. Demuestra, en fin, la pertenencia a *otro* sistema de representación de esa naturaleza hecha espectáculo discursivo.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Cornejo, Antonio. "El discurso de la armonía imposible (El Inca Garcilaso de la Vega: discurso y recepción social)". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 38 (1993): 73-80.
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. M. Hernández, ed. Madrid: Historia 16, 1985.
- Elliot, John H. *El Viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)*. Madrid: Alianza, 1972.
- Esteve Barba, Francisco. *Historiografía indiana* [1964]. Madrid: Gredos, 1992.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*. Tomo I. Juan Pérez de Tudela y Bueso, ed. Madrid: Ediciones Atlas/Colección "Biblioteca de Autores Españoles", 1959.
- Garcilaso de la Vega, Inca. *Comentarios reales de los Incas*. Tomo II. Aurelio Miró Quesada, ed. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Gudynas, Eduardo. "Imágenes, ideas y conceptos sobre la naturaleza en América Latina". En *Cultura y Naturaleza*. Leonardo Montenegro, ed. Bogotá: Jardín Botánico "José Celestino Mutis", 2011. 267-292.
- Lévi-Strauss, Claude. *Tristes tópicos* [1955]. Barcelona: Ediciones Paidós, 2006.
- Mártir de Anglería, Pedro. *Décadas del Nuevo Mundo*. Tomo I. Edmundo O'Gorman, ed. México, DF: José Porrúa e Hijos, 1964.
- O'Gorman, Edmundo. *La invención de América* [1958]. México, DF: FCE, 2014.
- Ortega, Julio. "El Inca Garcilaso y el discurso de la abundancia". *Revista Chilena de Literatura* 32 (1988): 31-43.
- . "La abundancia americana: un modelo de lectura trasatlántica". *Revista de la Universidad de México* 76 (2010): 19-27.
- Palm, Edwin Walter. "España ante la realidad americana". En *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Tomo I. Época colonial. Cedomil Goic, coord. Barcelona: Editorial Crítica, 1988. 113-116.
- Pupo-Walker, Enrique. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*. Madrid: Editorial Gredos, 1982.
- . *Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1982.
- Rovira, José Carlos. "Del espacio geográfico medieval al espacio utópico renacentista en las primeras crónicas". En *Entre dos culturas. Voces de identidad latinoamericana*. Alicante: Universidad de Alicante, 1995. 29-35.
- Serna, Mercedes. "Discursos sobre la naturaleza americana: desde el descubrimiento de América hasta la visión ilustrada". *Anales de Literatura Hispanoamericana* 39 (2010): 251-264.